

donde el uno las débiles costillas  
reponen; el otro el tajamar allana  
con que trague otra vez de mar las millas;  
y éste a proa, esa a popa el fondo sana,  
y quién el remo labra, o tuerce el lino,  
y quien alza artimón, y quién mesana;  
tal, no por fuego, por querer divino  
allá abajo una algosa breva ardía,  
que enligaba los bordes y el camino.

Era yo fijo en ellos y no vía  
sino la ampolla, hinchada al hervimiento,  
in subiendo, y después bajar vacía.

Mientras yo así la contemplaba atento,  
mi maestro gritando:—¡Guarda! ¡guarda!—  
hacia si me tiré desde mi asiento.

Yo como aquél volvíme a quien se atarda  
el ver el riesgo que evitar le toca,  
y a quien espanto subito acobarda,  
y que el correr por el mirar no apoca;  
y un diablo negro a nuestra espalda observo,  
por el filo corriendo de la roca.

¡Ay! ¡Qué aspecto llevaba tan superbo!  
Y con su pie veloz y alas tendidas,  
¡oh cuánto había en su ademán de acero!

Sus espaldas huesudas y salidas  
cargan de un pecador con las dos ancas,  
al que aferra las corvas oprimidas;  
y desde nuestro puente:—¡Oh garrifranzas  
(gritó) de Santa Cita va un anciano;  
cogedle, que por otro van mis zancas;  
que abunda en esa tierra este mal grano,  
y es todo hombre rufián más que Boniuro,  
y un si se vuelve en no, si untan la mano.—  
Y echélo al fondo, y por el mármol duro  
tan veloz se lanzó, que no más presto  
mastiñ trás de ladron arranca furo.

Aquí se hundió y volvió de espaldas puesto:  
mas los diablos que al puente dan parada:  
—Aquí no hay Santa Faz (gritanle en esto);  
ni como allá en el Serquio aquí se nada.  
Si no prefieres, pues, nuestros garrotes,  
no hagas sobre la pez nueva empinada.—

Luego dante pincharazos con harpones,  
diciéndole:—Ora baila so techoado,  
y tus tratos ahí sigue felones.—

Así del jefe el marmotín guiado,  
hunde, porque no flote en la caldera,  
el pingüe trezo, con metal dentado.

En tanto mi maestro:—Bueno fuera,  
por evitar (me dijo) que te viesen,  
que algún peñascoso de estos te encubriera;  
y que no por ofensas que me hiciesen  
te asustaras; que a mí, ya noticiso,  
no han de asustar cuantas sus mañas fueren.—

Integro pasó del lado allá del foso,  
y cuando al sexto puente era defante,  
bien tener frente andaz le fué forzoso.

Con el mismo furor y ardor pujante  
con que embisten los perros al mendigo  
que subito se para suplicante,

asi aquéllos, saliendo de su abrigo,  
su garfio cada cual le asesta breve:  
y él grita:—¡Cuenta lo que hacéis conmigo!

Antes que me clavéis el fierro alveo  
uno que me oiga de vosotros salga,  
y me agarroche luego, si se atreve.

—Vaya (gritaron todos) Malanalga.

Y ese avanza, y los otros quietos quedan;  
y él se acerca, diciendo:—¡Qué hay que valga?

—¡Piensons tú, Malanalga, que así puedan  
mis pies llegar hasta tu val malino

(le dijo mi maestro) sin que cedan,  
a no ser obra del querer divino?  
Déjame, pues, seguir, que Dios me invita  
a otro enseñarle el áspero camino.

Su orgullo entonces tal se precipita,  
que, dejando caer su chuzo a tierra:

—¡Nadie le toque!—a los demás les grita.

Y mi maestro a mí:—¡Oh tú el que encierra  
la gran pena del puente, así tapado,  
ven ya conmigo, y temor desatierra.

Yo me estiro, y a él corro descalzo,  
y los diablos también salen de frente;  
con que ya el pacto me tragué quebrado.

Así una vez capitulada gente  
vi salir de Caprona, de pavura  
temblando, al verse entre enemigo hirviente.

Y me apreté a mi guía con presura,  
sin apartar mis ojos ni un momento  
de su, no a fe, benigna catadura.

El chuzo ellos bajaban, y:—¡Lo asiento  
(decíanse uno a otro) en la grupera!—  
Y respondían:—Sí; pégale un tiento.—

Mas el diablo, que inbló la vez primera  
con mi guía, volvióse premuroso,  
y dijo:—¡Quieto, quieto, Cabellera!—

Y luego a nos:—Parar aquí es forzoso,  
pues seguir no podéis: porque es el caso  
que, roto el arco sexto, escombra el foso;  
y si aun más avanzar queréis acaso  
por esa gruta entraos macilenta:

cerca otro escoollo facilita el paso.

Mil descientos seis años con sesenta,  
cinco horas más, que hoy son, ayer la ruina  
de este camino destrozado encanta.

Ora, para atisbar si alguien se empina,  
mandar quiero allá abajo de mi gente:  
id con ella, sin miedo a chamusquina.

Altronchado, Pisasearcha, al frente  
(les empezó a gritar); y tú, Galgazo,  
y a mandar la decena Barbadiante.

Y también Libiuscoeo y Dragonazo  
y Javato, Golmilles, y Perrea,  
y Duenducho, y el loco Rubicazo.

Cuidad en torno de la hirviente breva,  
y éstos pasadme allá de la otra roca  
que las pocilgas todas señora.

—¡Ay, maestro, de mí, lo que nos toca!  
Si sabes, solos vámmonos (le dije)  
que tal guardia confianza me da poca.

Mas si en ti la atención de siempre rige,  
¡no ves cruzar los dientes rechinantes,  
ni el gesto que su frente me dirige!—

Y él a mí:—De sus ceños no te espantes,  
por más que los redoblen a porfía:  
miran a los que hierven no distantes.—

A izquierda, en esto, echó la grey bravía,  
y antes de inteligencia morisqueta  
le hacen al cabo; el cual la marcha abría,  
usando del de atrás como trompeta.

#### CANTO XXII.

Yo campo militar vi levantarse,  
y pasar muestra y avanzar brítones  
y a veces escapar para salvarse.

Yo en las tierras de Arezo vi ladrones  
correr a son de guerra, en merodeo:  
tornear jinetes, y justar campeones;

cuando, a la voz de trompa o campaneo,  
por atambores o signos de castillo,  
con usos mestizos, o de extraño arreo.

Navíos vi mover de un faro al brillo:  
mas no nave o legión, propia ni externa.